

Las Dominicales

Semanario Libre pensador

SOSTENIDO POR LAS ALMAS LUMINOSAS

El paisano que labra, la mujer que araña en su casita, el magistrado que des-empaña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.—Luz.

Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia humana que de la región por las leyes del amor. Mortales, todos los hermanos.—Voltaire.

Haz el bien por el bien. No enveles jamás la humanidad como un simple hecho. Respétala como un día.—Kant.

El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en el Reino de voluntad racional y por el puro bien.—Kant.

Que la verdad oliente todos sus es-perimentos en la tierra; que se des-pleguen los tiempos y caigan hechos y polvo los troncos, y se soteren bajo el largo los adoradores del valimiento de oro si se interponen en su camino. ¡Dios, ¡Dios, ¡Dios, la verdad divina!—El Espíritu del siglo.

No mates, no hurtes, no mientas, no perversifiques, honra a tus padres, en suma, cumple la ley de Dios, amándolo y sirviéndolo.—Mora.

La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—Mora.

Conócete a ti mismo.—Sócrates.

Trabaja para extirpar el mal. Esube-llora la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles.—Zoroastro.

Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que las virtudes que poseen.—Buda.

Amas los unos a los otros.—Sol per-fecto como nuestro Padre que está en los cielos.—Jesús.

La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante o Poniente. Pí-adoso es el que socorre a los huérfanos, a los Pobres, rescata los cautivos, ob-serva la oración, da limosna, es pacien-te en la adversidad. El que es justo y teme a Dios es clemente y misericordioso.—Maloma.

PRECIOS.—Madrid: Trim., 2 pesetas. Provincias: Idem, 2,50 id. Extranjero: Año, 12 id. Ultramar: Año, 3 pesos oro.—Número suelto corriente, 10 céntimos de peseta. Idem idem atrasado, 25 id.—A los vendedores, 6 reales la mano. El pago se hará por trimestres ó años anticipados.

MADRID
Sábado 2 de Marzo de 1901.

Oficinas.—Calle de San Mateo, 18, 2.º
Correspondencia.—Fernando Lozano. Apartado 109.
La Redacción no devuelve los manuscritos, ni responde de los artículos firmados.

NUMEROS.

EL DEBER

El fallo de la opinión liberal está dado: es absolutamente indispensable secularizar la vida, es absolutamente indispensable, por tanto, barrer el jesuitismo y afirmar la independencia del Estado frente a la dominación clerical.

Ahora bien, eso no lo puede hacer Silvela, eso no lo puede hacer Sagasta, eso no se hará mientras dure el actual régimen.

Sólo, pues, la República puede realizar el fallo de la opinión nacional.

Llevar esta convicción a todos los ánimos y agrupar la España liberal entera bajo la bandera republicana: he aquí el deber del republicanismo español.

Ningún republicano descansa desde hoy hasta cumplir ese deber. A levantar la opinión, a moverla, a poner en acción todos los derechos que la ley concede al ciudadano, celebrando reuniones, organizando manifestaciones, elevando protestas, y, sobre todo, agrupando fuerzas para ir todos juntos y sin dudar hacia la victoria. Lo hecho en Cataluña, seguirlo por todas partes, pero sin intermitencias, sin interrupción, aumentando cada día la corriente popular como se ve aumentar la corriente del río antes de convertirse en torrente que todo lo arrolla.

Claro es, el deber se acrece en los que están más altos. Un hombre, cuyo relieve ofrecimos un día al pueblo, relieve que hoy todos ven, aunque entonces, el anticipar esa verdad, nos valiera la censura de los apasionados, decía poco a al pueblo:—Si estas manifestaciones no son un fuego fátilo, si perseverais, la libertad triunfará en España, pese a quien pese.

El pueblo pudo replicarle:—Te elevamos a lo alto para que nos dirigieras y has estado metido en tu casa tres años, los más críticos de nuestra historia, sin hablar, sin escribir, sin realizar un solo acto democrático, sin imponerte un sacrificio público, y ahora que comprendiendo que eres el hombre del día, venimos a buscarte, cuando eres tú quien has debido ir a buscarnos, como fué Castelar para conquistar la anterior República, como fué Gambetta para levantar el espíritu aplandado de su patria; nos acusas de inconsecuencia. A nuestra vez te replicamos: Si esta fe de vida pública que haces no responde sino a defender un interés de familia, si realmente quieres barrer el jesuitismo, que es el mayor obstáculo a la secularización de la vida, si perseveras, si no vas a ocultarte otros tres años en tu casa, si te pones a nuestra cabeza y nos guías, la libertad triunfará, pese a quien pese.

Y esto que corresponde contestar a uno de los directores del republicanismo, se puede aplicar a todos los demás. Ellos que han asumido el mayor honor, ellos tienen también la mayor responsabilidad. Ni uno solo de los directores debería estar en Madrid; todos deberían estar por las provincias celebrando actos, organizando fuerzas y preparándolo y disponiéndolo todo, para imponer el fallo ya declarado de la España liberal. La falta de calor, de fe en el pueblo, de grandeza de alma, de espíritu de sacrificio; he ahí lo que ha retardado el triunfo de la República, y que ahora al triunfar, porque no podrá menos de triunfar, venga anublada por las tristes sombras de la dictadura.

A la señora viuda de Ubao

Hay, señora, una religión sobre todas: la religión de la Verdad. El que ama la Verdad, el que se ajusta a ella, el que marcha guiado por su luz, ese es salvo.

¡Ah! señora mía, y la religión que le ha robado su hija, ¿puede ser la Verdad?

Tiene usted el caso a la vista. Su infortunada hija, lo primero que ha dicho al llegar a su casa, ha sido:—Que no me presenten a Salmerón; no le quiero ver.

Claro es que ello nace de que las religiosas y religiosos que la han rodeado le han pintado a Salmerón como un perverso, como un malvado, como un Satanás.

Señora, usted lo ve, lo sabe, lo conoce a ciencia cierta, porque le ha tratado de cerca: Salmerón, lejos de ser un Satanás, es un dechado de altas virtudes y ha sido para usted un ángel. Poniendo en ello toda su alma, ha defendido en los derechos de usted la causa de la justicia, según acaba de reconocer con su fallo el más alto Tribunal de la nación.

Esas gentes que levantan el cáliz todos los días, que confiesan, que comulgan, que se santiguan, que se consagran a Dios, han mentido, por tanto, han engañado a su hija.

¿Cómo los que engañan, los que mienten con desdoro para el prójimo, con descrédito para el prójimo, pueden estar con Dios?

Pues qué, ¿no han calumniado a usted misma? ¿No han deslizado en sus periódicos infames sospechas sobre los móviles de la conducta de usted para con su hija? ¿No han llegado a buscar letrados que acusen ante los Tribunales a usted, madre amantísima, de haber inferido malos tratos a su hija?

Pues eso que por sus propios ojos ve usted que hace con usted y con el sabio é integérrimo Sr. Salmerón, eso es lo que ha venido haciendo con el mundo durante siglos la odiosa secta de los robadores de su hija.

Engañando al mundo con el nombre de Dios y religión, se hicieron los clérigos dueños de la sociedad; y ya reyes absolutos, calumniaron, encarcelaron y arrastraron a las hogueras a los hombres más virtuosos. Como hoy llaman a usted mala madre para robarle su hija, llamaban ayer juicio ó hereje al padre, al esposo ó al hermano de la mujer cuya hermosura ó riqueza codiciaban, y llevándole al calabozo inquisitorial, le aplicaban horrosos martirios, que terminaban con la muerte en la hoguera. ¡Ah! si pudieran hacerlo hoy con usted y con sus hijos y con Salmerón!

¿Sabe usted por qué no lo hacen? Porque hubo allá al finalizar el siglo pasado un gran movimiento humano que destruyó, aniquiló y anonadó a esa cuadrilla de malvados que con su tiranía y su crueldad deshonraban el nombre de Dios. ¿Y sabe usted cómo se llama ese gran hecho? Pues se llama la Revolución francesa, Revolución que la España liberal ha impuesto, mal que les pese, a nuestros clérigos.

¿Se explica usted ahora bien los horrores que habrá oído salir de los labios de esa gente de sacrístia contra la Revolución? ¿Y usted los creerá! ¿Y la mayoría de las mujeres españolas los cree! Invocan los nombres de la Virgen pura, del cordero divino, de la madre dolorosa, del corazón tierno y dulcísimo de Jesús; y la mujer que es todo ternura y todo amor, se va tras ellos.

El general francés que tomó a Toledo en nombre de la Gran Revolución, lo primero que hizo fué bajar a las mazmorras de la inquisición toledana para destruir aquel infierno que el reinado de los clérigos había traído

a la tierra. Allí se encontró, entre los instrumentos de tortura, una Virgen de cara sonriente é iluminada con destellos de sublime amor maternal, bajo cuyos abultados pechos se dibujaban tesoros de alimento divino. Pues bien, los inquisidores, cuando un reo persistía en no confesar lo que ellos ordenaban, hacían descender los grandes brazos articulados de la Virgen, movidos por un mecanismo oculto, y, colocando en ellos al reo, decían:—¡Madre amantísima, estréchale en tu dulce seno para convertirle! Y poniendo en movimiento la máquina oculta, la víctima era subida hasta el seno de la Virgen, el cual se abría de pronto, apareciendo un erizo de puntas acerdadas que penetraban a la vez en el cuerpo del martirizado, desgarrándose y haciendo brotar la sangre a chorros por miles de heridas.

Ese es el símbolo de la piedad sacerdotal. Toda esa turba mística que con palabras de miel seducían a su hija hablándola «del esposo divino», de «la cruz como el mejor lecho nupcial», de «la conquista de la Gloria celeste», desgarraban a la vez sin piedad el corazón amantísimo de usted.

Ahora bien, señora; a la Revolución que esos hombres de mentira pintan como el órgano de Satanás, debe usted, y no más que a ella, la inmensa alegría de ver otra vez en sus brazos a la hija que creyó perdida para siempre; la Revolución es la que, repitiendo el magro de Lázaro, ha llamado a las puertas del sepulcro donde estaba enterrada su hija, resucitándola y devolviéndosela a usted viva; porque fué la Revolución la que, derribando el despotismo sacerdotal, afirmó sobre él los derechos de la naturaleza y, por tanto, el derecho paternal.

¿Ve usted lo que acaba de pasar en Madrid? ¿Ve usted que sus hijos, los literatos más ilustrados, los estudiantes más generosos, la masa popular siempre dispuesta al sacrificio han ido, rodeando a Salmerón, a clamar contra los jesuitas secuestradores de su hija y a pedir que se hiciera a usted justicia?

Pues eso mismo, pero en más grande escala, fué la Gran Revolución que anatematizan los clérigos. Cansado el pueblo de vercometer atropellos como el que usted ha sufrido, salió un día a las calles gritando: «¡Guerra a la teocracia!»

¿Que hubo horrores?

¡Ah!, señora, ¿es que sin ellos se hubiera vencido al sacerdotado, armado a la sazón de riqueza y poder infinitos? ¿Es que su hijo de usted, que decía estos pasados días que iría al asalto del convento para sacar a su hermana de la cueva donde la tenían oculta sus secuestradores, hubiera sido un malvado si realiza su propósito? No; hubiera sido un héroe que se sacrificaba por la causa de la justicia. Pues así fueron los autores de la Revolución francesa, héroes inmortales que sacrificaron su vida a la defensa de la Justicia.

A ellos y no más que a ellos debe usted el inefable bien que hoy goza; ellos, hundiendo en el polvo la causa del malvado jesuitismo, establecieron los principios vigentes de derecho, protectores de la inviolabilidad del hogar contra todos los ladrones, llevan banderola ó lleven estola.

No se debe adorar nada, no se debe doblar la rodilla ante ídolos; pero de hoy más, si usted presta adoración a

algo, debe serlo a la Revolución, que le ha devuelto su hija, y no a los ídolos tras los cuales se parapetan los raptos de ésta.

Buscar la verdad, seguir el camino de la verdad, sin miedo a los anatemas de los calumniadores de todo lo noble y todo lo bueno y todo lo justo; he ahí, señora, lo que conduce a la felicidad.

¡Ah, señora, si usted hubiera seguido esa vía no hubiera pasado por las tribulaciones que tanto han amargado su existencia! Entre qué suerte de horrores no habrá usted oído hablar de LAS DOMINICALES a los hombres de hábitos! «Papelucho inmundo», «periódico impio», «papel despreciable»; estos y otros dicitos semejantes habrá usted oído arrojar sobre este periódico, para inspirarla odio contra él, como se han arrojado también dicitos análogos sobre la persona de Salmerón, para hacerla aborrecible a su hija. Y sin embargo, señora, si hubiera usted leído ese periódico que le causaba terror, se hubiera ahorrado quizá los sufrimientos que hoy llora. Como Salmerón ha librado a la hija de usted de sus secuestradores, pero ya que había caído en manos de ellos, LAS DOMINICALES le hubieran prestado a usted un bien mayor, infinitamente mayor, el de que no cayera en esas manos, evitándose con ello el desgarramiento de ese hogar, con su escuela de disgustos, lágrimas, escándalos y gastos.

Bastaba para ello que hubiera usted leído con atención y con reposo un artículo impreso en estas columnas, titulado: *A una Madre*. En ese artículo, el autor venía a decir a las madres:—No llevéis vuestras hijas a confesar.

—¡Impiedad!—gritó la grey calumniadora, contra aquel artículo que hizo tanto ruido y lo hará cada día más.

—Piedad infinita—han dicho los hombres de razón que lo conocen, y dirá la posteridad.

Porque el autor, apiadado de los dolores que podrían sufrir las madres Ubao, abría sus ojos a la luz de la verdad, mostrándoles los infinitos peligros que corrían con llevar sus hijas al confesonario.

Sigue usted esos consejos, y se ahorra los infinitos disgustos y dolores que ha sufrido.

Nos falta espacio para reproducir en este número aquel artículo; lo haremos en el número inmediato, y usted podrá apreciar por su lectura, después de lo que ha sufrido, la sana y provechosa sabiduría que encierra.

Pues bien; los fariseos que han conspirado para perder a usted, conspiraron también para perder al autor de aquel artículo, llevándolo al banquillo de acusados y pidiendo para él varios años de presidio, de que sólo le pudo librar quien ha librado a usted también, la conciencia pública, representada allí por el Jurado que le absolvió.

Señora, las madres que han experimentado los dolores que usted, tienen el deber de bendecir la memoria de aquel bienhechor, sobre el cual la infame grey clerical arrojó tanta baba venenosa; tienen el deber de reivindicar un nombre de los que más ilustran la patria y que más beneficios han sembrado en ella; el nombre de Ramón Chies.

Con el tiempo, no hay duda alguna, las buenas madres se asociarán para

repartir gratis entre las mujeres españolas el artículo de Ramón Chies, repleto de sabiduría y piedad humana, titulado: *A una Madre*.

Hora es, señora, de que la luz comience a brillar en los horizontes de España.

Mienten, mienten aquellos que, rectificando al viejo Dios, que dijo: «Creced y multiplicaos», dicen:—En la esterilidad reside la suprema virtud; mienten los que afirman que las mujeres que, como usted, han dado hermosos frutos de vida a la tierra, encierran menos virtud que las que se enlazan con un ser fantástico que siendo la nada sólo puede engendrar la nada; como miente el que diga que la tierra helada del Polo encierra más virtud que las tierras templadas y tórridas, fecundadas por el ardor del sol y la humedad de la lluvia.

Esta es la tesis de *Electra*, y por eso ha producido en el momento histórico actual tan honda impresión. El convento es la muerte; el hogar es la vida. España quiere vivir, y por eso, rodeando el noble hogar de usted, amenaza con los puños al convento. Dios, el Ser real, no es Dios de muerte, es Dios de vida. Usted, señora, está con Dios; el jesuita y el convento están con Satanás; por eso engañan, mienten, calumnian, persiguen.

Gócese con sus hijos en el escándalo producido. Al defender con energía su derecho santo, han servido a la familia, han servido a la patria, han servido a Dios.

RELIGION DE PAZ

Aunque el Cristo, según su expresión, no vino a traer paz, sino espada, claro es que semejante declaración ha de ser entendida metafóricamente y no ad pedem literae, como han solido hacerlo los trabucos apostólicos. Religión de paz fué el cristianismo en las enseñanzas del Maestro. La caridad era la esencia de su doctrina. A los pacíficos prometió bienaventuranza. La paz dejó y encareció a sus discípulos como el supremo de los bienes. Y, en fin, como cuando uno no quiere dos no riñen, mal cabía reñir con el cristianismo que, obediente a su ley, ofrecía una mejilla al que le golpeaba en la otra y daba la capa a aquel que le quitaba el manto.

Durante más de tres siglos, en fiel observancia de los preceptos evangélicos, se dejaron los cristianos, con ejemplo mansedumbre, encarcelar, azotar, mutilar, decapitar, devorar, crucificar, desollar y achicharrar por los conservadores de entonces. Asombra el ingenio torturante que desplegaron por aquellos días los eternos defensores del orden social y de los intereses permanentes. Los nazarenos sufrieron aquellas persecuciones con una docilidad que sólo podría hallar su semejante en la que han venido mostrando hasta hace poco los españoles. Por todo ese tiempo no cabe duda de que el cristianismo fué una religión de paz.

Volvió Constantino la tortilla y cosa extraña! apenas el emperador dió a la Iglesia paz, la guerra se encendió en la Iglesia. De entonces acá no ha cesado. Desde el edicto de Milán hasta la excomunión de Navarro Reverter, ¿en qué ocasión solemne de la historia puede decirse que haya existido la paz religiosa? ¿Fué cuando ortodoxos, arrianos, nestorianos, pelagianos y maniqueos, se exterminaban santamente? ¿Fué cuando el pleto de las imágenes trajo a mal traer al Bajo imperio? ¿Fué cuando el Occidente se vió agitado por la querrela de las investiduras? ¿Fué cuando el grito de: «Dios lo quiere!» Europa entera se lanzó sobre el Oriente para rescatar a cintarazos el sepulcro del Redentor? ¿Fué cuando los soldados de la ortodoxia inundaron de sangre la Provenza para acabar con los herejes albigenses? ¿Fué cuando el Tribunal de la fe, que ahora aquí se echa tan de menos, convirtió en torpezna la herejía? ¿Fué cuando los fieles católicos cazaron en París a los infames calvinistas, en honor de San Bartolomé? ¿Fué cuando Alemania se vió durante treinta años asolada, devastada por los creyentes de uno y otro bando? ¿Fué cuando el pio y ejemplar Luis XIV, en brazos de sus querindangas, imaginó convertir a la verdadera fe a sus subditos, e sidentes por la ef

cacia santificante de las dragonadas? Revisando todo ese cachito de historia, el observador imparcial se pregunta con asombro que diamantes más hubieran podido hacer los cristianos si, en vez de adorar a Dios de amor y sacrificio, hubiesen rendido homenaje al destructor Siva de las supersticiones indias, al sangriento Odino de la mitología escandinava, a la belicosa Palas de los helenos o al «Fiero Mavort» de los cursis del clasicismo.

Yo ya sé que las palabras valen mucho más que los hechos. Incréditose un adjetivo en el cerebro humano; ¿quién le extirpa? Religión de paz es el cristianismo en todos sus varios matices y que rabie la historia! Así como en España tenemos de ello buena prueba Salvo que, durante casi ochocientos años, la cruz ha sido entre nosotros lábaro de combate contra infieles, y que, más o menos mezclado y confundido con intereses políticos; el espíritu religioso nos ha llevado a combatir con infieles, turcos, moriscos y herejes, siempre hizo aqut el cristianismo obra de paz. Se extiende hasta que, erigido el régimen constitucional, los carlistas se alzaron por tres veces al grito de «viva Dios», equivalente en sus labios al de «muera los hombres!»

¡Váyale ustedes a nuestros tradicionalistas con evangelios! Ellos tienen para ese una martingala que es tal como buena. Posee un par de dioses distintos, de que se valen según la ocasión. Se trata de enaltecer la pureza de su moral! Aquél del Crivo, la caridad encarnada, la suprema mansedumbre. Se trata de justificar sus pasiones? Aquí de Jehová, el dios del temor y de las grandes hecatombes. Para la teoría el sermón de la Montaña, la oferta de la otra mejilla, la capa y el manto. Para la práctica los santos degüellos, la ley de expiación «el ojo por ojo, diente por diente de la justicia primitiva. Sustituyendo así ad libitum el Sinai al calvario, se goza la comodidad de tener un dios para el bien decir y otro para el mal obrar.

«No reina Cristo», decía hace tiempo el venerable Pi y Margall, y para justificar su aserto, pasaba revista a las grandes iniquidades que han manchado las postimerias del siglo último. No, no reina Cristo ni en las naciones católicas ni en las protestantes. Pero con esta diferencia. La religión es imponente en los países protestantes para impedir los atentados internacionales; la religión es en los países católicos enseña de guerra civil. Los Estados Unidos nos robaron, después de encomendarse al Altísimo. Pero en Francia y en Italia y en España, el pretexto religioso amenaza la tranquilidad interior y pone en riesgo la paz pública. Para el derecho abstracto la diferencia será escasa; para el interés nacional es esa diferencia enorme.

Según la opinión expresada en París por Don Emilio Pardo Bazán, es tal la idiosincrasia de los españoles que, a hacernos protestantes, todavía habríamos resultado más fanáticos que los católicos lo somos. No sé. Especular sobre lo que pudiera haber sido esa causa aventurada. Solo sé que no hayamos hecho la prueba. El protestantismo es, en Lutero y Calvino, intrínseco, fanático, leroz como todo protesta. Pero ha tenido una ventaja inapreciable: ha enseñado a leer. Se empieza por leer la Biblia y se acaba leyendo a Kant y a Voltaire y a Strauss y a Renan y a Darwin y a Spencer. Si nuestro pueblo hubiera leído y leyere, ¿nos habría pasado lo que nos pasó, y nos pasaría lo que nos pasaría? Algo dice el hecho de que los países protestantes son también, los más ricos, los más poderosos, los más felices; los católicos, los más pobres, los más caídos, los más degraados, los más ignorantes. Sea la religión efecto o causa de esa superioridad, el resultado es el mismo: Para simple coincidencia fortaleza demasiado constante el fenómeno.

No reina hoy Cristo entre las gentes, pero que se ha reinado alguna vez! Singular paradoja animada, viviente, bipeda e implume esta que llamamos el hombre! Durante más de un milenario han venido los humanos exterminándose recíprocamente a nombre de una doctrina de paz y de amor. Para que el humanismo comenzara a asomar tímidamente por la historia, ha sido necesario que la vida se apagara en la base de las creencias. Sólo entonces se ha empezado a tener alguna noción de la solidaridad y del amor humano. ¿Quién sabe! Confitemos en la estructura paradójica de ese ser tan lleno de interiores contradicciones. En mil años de evangelio no le enseñaron la caridad. Acaso empieza el hombre a ser piadoso ahora, cuando la ciencia destruye el imperio soberano de una natu alemana ciega. Acaso empieza a ser justo ahora, cuando la noción de la justicia está puesta en retrovería. Acaso empieza a reinar la paz ahora, cuando se nos dice que la vida es lucha incessante. Acaso sea ley que los dogmas se extinguían antes de derramar en la conciencia humana su contenido moral, cual vaso de exquisito perfume que, roto, difunde por la atmósfera delicadísima fragancia.

AL FREDO CALDERÓN

A los obreros de Gijón

Habéis luchado bravamente contra el capitalismo, que quiere absorber todos vuestros jugos. Está bien. Continúa vuestro camino. No déis paz a la mano. A luchar sin cesar por mejorar vuestra condición, por instruirlos, por fortalecerlos, por prolongar vuestra existencia; todo lo cual depende del aumento de jornal que reclamáis. Vuestros explotadores se quejan de vuestras exigencias. Sin embargo, no habitáis como ellos hoteles, no dais carrera a vuestros hijos, no tenéis una caja repleta de oro para hacer frente a todas las necesidades de la vida. Si vuestras pretensiones son insufribles, el nivel entre su

opulencia y vuestra miseria es insostenible.

Acercáos uno de vosotros, el proletario más enano, a uno de ellos, el capitalista más gigante, comparad las estaturas de entrambos y veréis que la de éste no llega a ser ni el doble de la de aquél. Comparad las cajas de ambos. ¿Qué tiene la del proletario? Cero. ¿Qué la del capitalista? Millones. Esto es, el capitalista lleva millones de estaturas económicas al proletario.

Esa desigualdad es infame, perversa, insoportable. La naturaleza que ha hecho las estaturas próximamente iguales, la condena y la maldice. La Justicia la execora. Mientras subsista no puede haber paz social.

Perfectamente: luchad por acabar con esas desigualdades. El proletario que no os acompañe en esa lucha es un ser degradado y despreciable.

Pero ¡cuenta! al luchar por la mejora de jornal, no lo hacéis por aumentar algunos reales más a vuestro peculio, lo hacéis por defender la Justicia. Es que no es justa la desigualdad reinante en el régimen social actual. He aquí lo que ennobece vuestra lucha.

Pues bien; ya que lucháis por la Justicia en un terreno, tenéis el deber ineludible de luchar en todos. De otra suerte, resultaría que no os movía otro fin que el ruín y egoísta de aumentar vuestros goces personales.

Esto supuesto, levantando el frente hacia lo alto, hallaréis que existe aquí una injusticia sobre todas, la de que una casta, sin derecho alguno efectivo, sólo por la fuerza de la tradición y de la costumbre, apoyada en las bayonetas; ejerce la soberanía en vuestra patria; esa casta es el sacerdocio, cuya quinta esencia representa el jesuita.

El poder del jesuitismo en España es la más soberana de todas las injusticias; y por ello cuantas otras subsisten, como la desigualdad económica, contra la que vosotros combatís, son inferiores y subordinadas.

Ha caducado la soberanía del jesuitismo, porque ha caducado la soberanía del sacerdocio. Fundada en una mentira, los pechos del Norte la atacaron valientemente en el siglo XVI, y allí ha dejado de ser desde entonces. En el Mediodía ha dejado de ser también en principio, puesto que la gran Revolución francesa, que nosotros hemos aceptado, la destruyó. Pero se mantiene de hecho por la fuerza de la costumbre y por el poder de la ignorancia, singularmente de la mujer.

Mas esa incompatibilidad sustancial de la soberanía del jesuitismo con nuestro orden legal, con los principios que rigen la organización de nuestro Estado y que rigen a la vez el mundo entero, ha tocado los límites de lo insostenible, de lo insoportable.

El jesuitismo, dueño del Estado, de la enseñanza, de los cuarteles, de la beneficencia, de los talleres (en Andalucía los amos de fábricas obligan a los obreros a oír el sermón del jesuita), ha llegado en su soberbia a creerse dueño de los hogares, ultrajando la patria potestad y robando a las hijas para llevarlas a los conventos.

Tanta suma de injusticia no podía tolerarse ya. Vosotros podréis tolerar que os roben parte del jornal, pero toleraréis que os roben el hijo, la hija, la esposa? No hay nada así comparable a la injusticia que representa la dominación jesuita.

Por eso la conciencia española, rebelada, ha gritado:

—Basta ya.

—Pero de dónde han salido esos gritos? Del Parlamento, del teatro, de los pasillos de la Universidad, hasta de los estrados de la justicia histórica. Han sido los hombres de Parlamento, los hombres de letras, los estudiantes, en una palabra, los burgueses, aquellos a quienes corresponde el honor de este movimiento.

¿Qué habéis hecho vosotros para participar en él?

Nada. Os habéis preocupado de vuestra huelga, no os habéis interesado por el movimiento nacional contra el jesuitismo. Ni una palabra de protesta, ni un sólo acuerdo colectivo que dijera a España: —Aquí estamos contra el jesuita.

¡Ah! Lo sabemos bien. Algunos de los vuestros os habrán dicho:

—Dejarlos; son cuestiones de burgueses.

Los que os hablan así dan asco, porque tienen el alma entenebrecida por la ignorancia y el corazón embrocado por la ausencia de todo sentimiento delicado.

Son, sí, abortos de estupidez los que hablan así, porque a todo obrero bien sentido se le alcanza que el burgués, lejos de interesarle materialmente la desaparición del jesuita, le inter esa todo lo contrario. El jesuita es un sustentáculo del actual régimen capitalista, y tan es así, que los capitalistas le emplean en predicar a los obreros en sus fábricas. Así, el movimiento de la burguesía española contra el jesuita es un hecho que la honra, sobre todo, porque al realizarlo, sacrifica su interés a la causa de la Justicia.

Se puede dudar de la pureza de vuestros fines al combatir al capitalista que ataca vuestro bolsillo; no se puede dudar de la pureza de fines de la burguesía española al atacar al jesuitista que defiende la caja del capital. Al pueblo hay que decirle la verdad: entre vuestra huelga y el movimiento antijesuitico realizado paralelamente a ella, hay mil codos de diferencia en favor de éste. Vosotros habéis luchado por vuestra clase. La burguesía española ha luchado contra su clase y en favor de la Justicia. Eso no puede, no debe ser. Lo que ha

traído el inmenso avance del movimiento socialista francés, que ha llevado ya un ministro socialista al Gobierno, ha sido precisamente esto: que el partido socialista francés ha levantado la bandera de la Justicia frente a la burguesía decadente. Si vosotros dejáis arrebatar esa bandera por la burguesía española, retardaréis considerablemente el triunfo de vuestra causa.

No más dejaros, pues, guiar por consejos astucias. No olvidéis un momento que la causa de la Justicia española está especialmente vinculada en el gran movimiento anticlerical iniciado en el Congreso. Vuestro deber, el deber del proletariado español entero es colocarse en la vanguardia de ese movimiento.

¡No pediais auxilio poco ha a la burguesía, contra los verdugos del Montjuich? ¿Y cuál fué la mano oculta que empujó a aquellos verdugos? Bien lo saben en Barcelona: el jesuitismo.

Pues bien; ahora que la burguesía se levanta airada contra el jesuitismo, queriendo barrer a ese, el mayor enemigo de todas vuestras reivindicaciones, ¡no es la más grande de las torpezas y de las inconsecuencias dejar de ir a la vanguardia del movimiento?

Los que os aconsejan el concentrar todas vuestras energías en la lucha por el salario, son pobres diablitos que no saben ver. Aun las ventajas materiales que vayáis conquistando con esa lucha en que quieren que os concentréis, serán miserables y efímeras, mientras España viva bajo la iname soberanía del jesuitismo. Poco ha, los delegados ingleses, en un Congreso socialista francés, hablaban con algo de lástima del obrero francés, al comparar los salarios que gozan los obreros de ambos países, pues resultaba que los obreros ingleses tienen, por término medio, doble jornal que los obreros franceses.

¿Por qué está? Por la mayor antigüedad de Inglaterra respecto a Francia en la vida de la libertad, porque Inglaterra ahoró al jesuita en el siglo XVI y los franceses consienten aún que los ahorque el jesuita. Ni un duro de jornal os habéis atrevido vosotros a pedir a vuestros explotadores, cuando hay ciudad en los Estados Unidos donde el alcalde no consiente que se dé al último de los braceros, al más incapaz, al más torpe, un jornal menor de un duro. ¿Quién puede dudar que eso se debe a la libertad conquistada por aquel pueblo?

Miseria no más conseguiréis mientras dure en España el infamante, el insoportable reinado del jesuita. Al desentenderos de este gran movimiento nacional para barrer el jesuitismo, no sólo obráis contra el honor de vuestra bandera, sino contra vuestro interés, siendo tan inutos como torpes.

Despertad pues, a la voz del deber, y sin dejar de seguir defendiendo con tesón vuestros intereses de clases, que os des va en las avanzadas luchar con más ardor que nadie por la Libertad y por la Justicia.

EL DOCTOR RICO

He ahí un hombre de conciencia: el doctor Rico, de Alicante. Llamado a jurar ante los tribunales, dijo que no juraba por un Dios católico en que no creía.

Le condenó el Tribunal inferior.

Pesó la causa en recurso al Tribunal Supremo, el cual ha absuelto al Sr. Rico.

Aunque los considerandos que no hemos visto aún parecen que son poco satisfactorios para la tranquilidad de las conciencias, el triunfo del Sr. Rico debe llenar de satisfacción a todos los españoles de espíritu liberal.

Alicante; aquella ciudad que, a manifestarse, debía ser la primera en el campo del librepensamiento, ha sentido un estremecimiento de pura alegría con el triunfo del Sr. Rico, y para festejarlo, la plana mayor de los partidos liberales ha celebrado una brillante fiesta.

Ha sido esta un banquete de unos cien cubiertos, en el que pronunciaron calurosos brindis: Blasco Ibañeta, el Dr. Limó, Santelices, Sevilla, el firmante de la que dirige La Unión Democrática y el Dr. Esquerdo que presidió. Todos los discursos fueron ardientemente aplaudidos, y en particular el del presidente a quien se hizo una ovación.

Luego habló el Dr. Rico, pronunciando una oración serena y razonada, con lo que demostró lo hondamente que siente las ideas.

Muy bien por el Sr. Rico que, sin temor a los procesos e impondiciones disgustos y gastos, ha sabido defender la integridad de su conciencia. Admirablemente por la libre ciudad de Alicante, que al obsequiar con tanto brillo a su doctor, ha demostrado que comprende toda la inmensa importancia social para nuestro país, de actos como el realizado por el Dr. Rico, cuyo nombre no olvidará ya el librepensamiento hispano-americano.

Otra conferencia del Doctor Calzada

Otra conferencia ha dado el Doctor Calzada en la Sociedad de Geografía.

Todavía acudió a ella más público que a la anterior, contándose entre los asistentes distinguidas damas.

Versó la conferencia sobre un viaje hecho por el Doctor Calzada, acompañado de su bella esposa, al famoso país de los araucanos.

El auditorio siguió con interés creciente los pasos que, con amenísimo relato, fué describiendo el Sr. Calzada, desde su salida de Buenos Aires atravesando el mar de verdor de Las Pampas y su alte en Mendoza, como

para tomar aliento para realizar el ascenso y descenso peligrosos del sublime macizo de los Andes; su entrada en la tierra de promisión chilena y su llegada a la Araucanía, cuya naturaleza, organización social, supersticiones costumbres, trajes, ofreció a los ojos del público suspenso y cautivado.

Tuvo el Doctor Calzada la feliz ocurrencia de acompañar su relato con vistas de los lugares recorridos, presentadas en gran tamaño con el auxilio de un aparato de proyección.

Pudo así el público, por sus propios ojos, seguir el camino recorrido por el conferenciante y formarse una visión clara y completa del viaje objeto de la conferencia, sin molestia y sin fatiga, a pesar de haber durado la narración cerca de dos horas.

Y bien, nos dijimos, oyendo la palabra sugestiva del Doctor Calzada:—He aquí un modelo de las lecciones de extensión universitaria a que nos referíamos en otro número.

Y ello nos sugirió ideas que vamos a apuntar no dudando que ha de recogerlas el distinguido doctor, amante de su patria y de su terruño asturiano.

Es la primera, que al regresar del viaje que se preparó a hacer por Europa y el Oriente, no deje de repetir su conferencia en el Círculo obrero de Oviedo.

Sobre ello, que leve su atención especial hacia la instrucción popular en Asturias.

Ya ha dado muestra de su amor a la enseñanza regalando mil duros a la Universidad de Oviedo. Perfectamente; bien lo merece aquella Universidad, que va a la cabeza en el movimiento sociológico moderno. Pero no es arriba es abajo donde más falta hace aquí la difusión del saber. Hay plétora arriba de conocimientos mientras hay abajo hambre ansiosa. Multiplicar las universidades populares en estos momentos del despertar del obrero asturiano, es el mayor bien que se puede hacer a Asturias.

Cabeza la hay en la Universidad, cuyos doctores catodéricos han comenzado ya la obra de la extensión; lo que se necesita son medios.

Ahora bien; nadie como el Doctor Calzada puede proporcionarlos. Su influjo en la colonia asturiana de Buenos Aires, y en general en la colonia española, es avasallador. Que constituya allí una sociedad protectora de la instrucción del obrero asturiano. Que llame en su auxilio a las colonias asturianas de las demás Repúblicas americanas, y el éxito es seguro.

Imagínese poblada Asturias de universidades populares sencillas, como las que podrá funcionar en Francia a su paso por París, y que en ella se multiplican las conferencias sobre la tierra americana, del tipo mismo de las que él ha explicado en la Sociedad Geográfica, y ya tiene para su rincón amado el bien que con tantas ansias pedía para España; esto es, que no habrá obrero asturiano, a la vuelta de algunos años que no conozca perfectamente la tierra y la historia de América.

¡No es sugestivo para un espíritu tan amante de su patria, de su patria y de su región, trabajar con ardor por conquistar ese solo bien?

Pues las universidades populares rendirán otros frutos todavía mucho mayores, sobre los cuales no podemos por hoy detenernos a hablar.

Basta lo dicho, estamos seguros de ello, para que el viaje del Doctor Calzada no sea perdido para la inteligente masa obrera asturiana.

Ecos del 11 de Febrero

Hay un fuerte olor a República. Prueba es de ello la generalidad con que se ha celebrado este año la fiesta gloriosa del 11 de Febrero.

Algo ha dicho sobre ello la prensa diaria, pero muy poco a juzgar por lo que llega a nuestra noticia y publican los periódicos de provincias.

Digamos dos palabras sobre una pequeña parte de esos actos.

EN TORRELAVEGA. En el Casino republicano de Torrelavega, cada día en progreso, primero hubo un banquete de cerca de 100 comensales, luego una velada a que concurren mucha gente, que al amparo local del Casino no pudo contenerla. Hubo derroche de aplausos y alegría.

Mientras en aquella ciudad crece el círculo republicano, riengua el círculo católico. Por todas partes el día de libertad avivó a la reacción.

EN SAN VICENTE DE ALICANTE. Fué un derroche de alegría y entusiasmo en que tomó parte la población entera. No faltó sino oír las campanas a vuelo.

Bien por la patria de San Vicente. Pero hay que persistir. Que no sea todo un fuego, fatuo que ha dicho muy bien Salmerón.

EN BALAGUER. El Centro Republicano de Balaguer celebró una fiesta republicana que ya la quisieran para sí muchos capitales de provincia. Hubo discursos inspirados que coronó una magnífica oración de su presidente Lassotia.

EN LLANSA (GERONA). Parte del Estado Mayor republicano de la provincia de Lérida se trasladó el 11 de Febrero a solemnizar la fiesta en Llanza. Ello prueba la importancia republicana que ha cobrado esta ciudad.

Pereña, Castell, todas los oradores que tomaron parte en el acto fueron aclamados por aquellos firmes, fuertes y resueltos republicanos.

Las músicas recorren las calles tocando djana. Los círculos se adornan con colgadu-

ras y banderas. Se canta en coro la Marselesa por las calles. Hay banquete en casa de José Carreras, y banquete en el Café de España ¡Así es el Ampurdan!

EN TOLOSA

Noventa comensales se reunen en el Casino Republicano, y el fuego del entusiasmo desborda en los pechos y en las palabras.

EN LOGROÑO

Hay banquete y meeting en el teatro. Hora es de que Logroño comience de nuevo a decir: «Aquí estoy».

EN PAMPLONA

Varios banquetes se celebran, donde el pueblo navarro acredita que las excomuniones del obispo contra el periódico de Lacort no le intimidan. Mirando hacia el palacio del arzobispo y hacia esos banquetes, bien puede repetirse la frase de Victor Hugo: «Esto matará aquello».

EN FITERO

Magnífico banquete a que concurren Zapatero, Urbina, Remón y otros prohombres del republicanismo riojano.

EN AZAGRA

La juventud llevó al banquete de Azagra su fogosidad, su alegría y sus entusiasmos. El veterano progresista Sr. Salvador habló en tres los aplausos y los respetos de todos los concurrentes. Hubo lecturas, brindis y discursos entre indecible entusiasmo.

EN VILELLA (TARRAGONA)

Celebró una numerosa reunión de todos los republicanos de La Vilella Alta, pronunciándose discursos de acentuada crítica política y clerical, organizándose acto seguido una manifestación popular que recorrió las calles.

Los manifestantes enarbolaron la bandera del Centro Republicano.

EN LA PROVINCIA DE SEVILLA

En el Centro Republicano Social de Sevilla, en Lebrija, en Coria del Río, en Estepa, en Utrera y en otras poblaciones se han realizado actos republicanos, con inusitada animación, sintiéndose los pechos repletos de esperanza en futuros triunfos.

EL INFIERNO

I

—¿Cree usted que hay infierno? —Lo creo imposible. —¿En qué se funda usted? —En la propia filosofía católica. A ser yo católico, creyente firme en los fundamentos de esa religión, sostendría que lo del infierno es una invención grosera, absolutamente incompatible con los principios del catolicismo. —Veamos cómo explica usted su tesis. —Es muy sencillo. Nadie ignora que la filosofía católica, siguiendo en esto al cristianismo, sostiene que en el mundo hay dos substancias absolutamente independientes y absolutamente contrarias: el espíritu y el cuerpo.

El espíritu es; dentro de esa filosofía, una esencia que está presa en el cuerpo y no tiene nada de común con éste. El espíritu es el bien y el cuerpo el mal. El reinado del espíritu está en el otro mundo; el reinado del cuerpo en éste. Por eso, el perfecto creyente huye del mundo. Por eso las jóvenes abandonan a sus padres y se meten en conventos, huyendo del contacto con la materia, para prepararse a gozar la vida absolutamente espiritual.

Al morir, las almas, según la doctrina católica, abandonan su vestidura corporal para quedar reducidas a espíritu puro.

Pues bien; siendo esto así, si en el cielo no hay más que espíritus puros, que no tienen nada de material, nada de corporal, cómo han de arder, cómo han de freírse en calderas, cómo han de rechinar dientes y abrasarse en el azufre inflamado y el plomo derretido?

Se quemán las cosas materiales, se frien los cuerpos, pero los espíritus no. Al espíritu puro no le llegan la temperatura, ni las llamas, ni el azufre, ni nada que sea material. Todo lo que es del mundo, todo lo que pertenece a la tierra, desaparece por completo para las almas al separarse del cuerpo para ir a habitar en el otro mundo.

No hay, no puede haber, según los principios fundamentales de la filosofía católica, un infierno con llamas en el otro mundo, porque allí no hay llamas, no hay nada material. Aunque lo hubiera, no podría sufrir nada en las almas, porque habiendo dejado éstas de tener cosa alguna corporal, las llamas no pueden dañarlas.

Así, ratiocinando siempre dentro del terreno de la filosofía católica, es absurdo pensar que en el otro mundo haya ese infierno con llamas que la ignorancia pinta. Además, si existiera, sería completamente inútil.

Hay, pues, que desechar la idea del infierno como absurda e inútil.

—Pero el hecho es que no hay ningún católico que no crea en el infierno

—Como se ha creído en las brujas, en los duendes y en otras cosas fantásticas, y aún siguen creyendo en las poblaciones rurales, donde no dejan de intervenir los clérigos para ahuyentar esos malos espíritus, como sucedió ha poco en un pueblo de Galicia.

—Convengamos empero en que si el infierno es inútil en el otro mundo, aquí es muy útil, porque, de otra suerte, no teniendo el temor del infierno, las gentes se entregarían al libertinaje y a toda clase de vicios.

—Vamos, usted es de los que creen que hay mentiras útiles.

—No me negará usted que el infierno es un freno.

—También es freno el que se pone a los caballos y no se le ocurrirá a usted ponerlo a un hombre.

Pues algo así de brutal y bárbaro es el freno del infierno, por lo cual produce tantos y tan hondos males.

Pero sobre este punto departiremos el día próximo.

HERMOSO TRIUNFO

En el 11.º distrito de París acaba de librarse una batalla electoral cuyo resultado debe regocijarse a todos los amantes de la libertad.

La banda nacionalista del coplista Deroude había presentado como candidato a la diputación al célebre Max Regis, el Alcalde de Argel, autor de las salvajadas cometidas allí contra los indefensos judíos.

La Francia republicana opuso enfrente como candidato a Allemano, luchador infatigable de las ideas avanzadas que ha sufrido por ellas la prisión; siendo una de las personalidades más salientes del socialismo.

Todas las fuerzas reaccionarias ayudaban a Max Regis y con ellas la parte del republicanismo que tienen hipnotizada. Rochefort, este eterno demagogo que cuando hay gobiernos reaccionarios se cala el gorro frigio, y cuando hay gobiernos radicales se pone el bonete.

Los republicanos verdaderos, los radicales, los socialistas los librepensadores y los masones se han portado como unos bravos arrancando valientemente la máscara republicana con que se cubría el bebedor de sangre judía; y marchando en columna cerrada a las urnas, le han infligido tremenda derrota.

La victoria conquistada es más de celebrar, porque se sabe que en las elecciones municipales últimas la banda nacionalista tomó por asalto el Municipio de París y se creía ya dueña, por siempre, de la capital de Francia; todo producto de la misma táctica, de llamarse republicana y recibir los votos de los reaccionarios.

París comienza por tanto a abrir los ojos y a reaccionar.

Pero ¿cómo se hubiera conseguido este resultado sin el derroche de energías y de táctica de republicanos y socialistas?

Aprenda nuestra democracia a luchar. Crean algunos que con conquistar la República ya está todo hecho. No; entonces es cuando habrá que luchar más, porque se tendrá en frente ese feróz partido clerical que no duerme ni descansa. Hay que estar prevenidos contra continuas asechanzas y contar con que más de una vez los republicanos serán derrotados en batallas parciales; pero si se lucha, la victoria es segura.

Adverta además el proletariado español cómo allá en Francia, los socialistas ilustrados, los socialistas conscientes van a la batalla intimamente unidos con los republicanos, llamándose antes que socialistas republicanos. Precisamente el 11.º distrito era hasta aquí de un republicano radical, pero una vez que se decidió votar un candidato socialista, el candidato radical retiró su candidatura para apoyar con todos sus amigos al candidato socialista.

Lo que aquí viene sucediendo es puramente insensato y sólo ha podido conducir a que esa largos años nuestro amo el padre Montaña.

Nuestra felicitación más ardiente a Allemano y al republicanismo de París.

UN FARSANTE

Dice D. Antonio Maura, dirigiéndose al juez para que decrete el depósito de la señorita Ubao en lugar fuera de su domicilio:

«Que la notoriedad estrepitosa de los esfuerzos aunados deplorablemente contra la libertad de mi representada, me dispensa de explicar el caso que la obliga a reivindicar en juicio el más necesario y santo de los derechos.»

«Para imponerle voluntades ajenas y estorbar el cumplimiento de la suya propia, determinada libre y licitamente a seguir vocación religiosa, se ha procedido sin audiencia ni forma de juicio y se ha logrado mandato judicial, no obstante los límites que el art. 1.811 de la ley de Enjuiciamiento civil pone a la jurisdicción voluntaria en asuntos que no tienen tramitación especial dentro del libro tercero.»

«Con que fuego vibra en esas palabras el amor a la libertad personal! La libertad personal es para Maura lo primero en la tierra, el más santo de los derechos; y Salmerón y el Tribunal Supremo, y la madre de la señorita Ubao no son sino monstruos al atentar a ese santo derecho.»

Ese es el fundamento del alegato del abogado Maura y está tan bien expresado y con tanto calor, que no habrá seguramente ningún amante de la libertad que no se entusiasme con la lectura de ese escrito.

«Pero a nombre de quien entabla esa querrela el abogado Maura? A nombre del jesuitismo, a nombre de una institución que anula, execra, maldice, anonada la libertad personal. Se sabe bien: el jesuita al profesar se convierte en un ser pasivo, es como un palo que se coge ó deja a voluntad, es un cadáver puesto absolutamente a discreción del superior.»

La madre de la señorita Ubao que ha sacado de su seno a su hija y la ha amamantado a sus pechos y tiene hacia ella una voluntad llena de ternuras y de efluvios humanos, es para Maura una tirana insostenible a quien hay que apartar de su hija a fin de que esta recobre su santa libertad personal. El superior jesuita que exige al inferior, que no es su hijo, que no es su pariente, que es un extraño, una abdicación plena y absoluta de su voluntad, es un hombre santo y de tal suerte, que Maura lo elige como director de su conciencia y va, según es fama, a arrodillarse con frecuencia a sus pies.

Señalando a la libertad personal de la señorita Ubao, dice Maura al mundo:—He aquí lo más santo que hay en la tierra.

Señalando a la abdicación de la voluntad del jesuita, dice también—Yo me prosterno de rodillas ante esta santidad, porque es la mayor que hay sobre el mundo.

Nadie puede dudar al notar el nervio que resalta en el escrito de Maura que este quiere decir a la sociedad española:

—Aquí, el defensor único de la libertad personal soy yo.

Mientras que, arrodillado en la iglesia a los pies de San Ignacio de Loyola dice, para que lo oiga el público rico y devoto que le contempla:

—¡Oh! Santo, entre los Santos, tu sólo eres adorable, porque has aniquilado la voluntad personal.

Sin duda, de esas transiciones se ven en el teatro, pero no impresionan tanto, porque el actor como el público saben que se trata de la representación de un papel.

Y que estos cómicos y que estos farsantes hayan llegado a ser los amos de España!

Les llega la hora

Durante mucho tiempo han pasado los jesuitas por maestros de agudeza y perspicacia, y, sin embargo, la Historia demuestra que son los más torpes de los hombres, porque para ellos nada sirve la experiencia. Arrojadlos de todas partes en los momentos en que se han creído más dueños de las naciones, al resurgir han incurrido en las mismas faltas que les acarrearán la ruina. Después de pasar multitud de años acumulando riquezas y poder por todos los medios, llega un día, cuando ellos menos lo piensan, en que lo pierden de un golpe todo. Su destino es el del cerdo: engordar para morir.

El San Martín del jesuita, no hay que dudarlo, ha llegado. Hay que ver la polvareda que se ha armado contra él, no sólo aquí, sino en Portugal, en Francia, en Bélgica, por todos los países latinos, para estar seguros de que la vida del cerdo jesuitico acaba. Ya veréis la campaña internacional que en este sentido va a comenzar, cuyos efectos serán definitivos.

Así viene ahora como de molde aquella canción de nuestros padres:

Si los curas y frailes supieran la tollina que van a llevar, se meterían en coro y cantarían: libertad, libertad, libertad.

LUZ Y SOMBRA

Habiendo de una conferencia pronunciada en Ronda por el infatigable propagandista de la emancipación social entre los pueblos rurales de la región gaditana y limítrofe, Manuel Moreno, dice el relator de ella:

«Culpó de nuestros males al jesuitismo que, aprovechándose del embrutecimiento del pueblo, trata de deshonrar a la vista del mismo, a aquellos hombres de sana voluntad y recia conciencia que se lanzan a la defensa y conquista de sus derechos aun a costa de sacrificios sin cuento.»

Perfectamente, eso es dar pruebas de buen sentido.

Cierto que allá en Andalucía, donde el capitalismo gravita con p so más brutal sobre los hombros del esclavizado pueblo, es donde se advierte más la alianza estrecha del capital con el jesuita; allí se ve claramente a los jesuitas y los frailes estar a sueldo de los propietarios y los ricos haciendo guerra feroz a todo movimiento de emancipación de los proletarios.

Si, pues, esto es así ¿cómo dudar de que los más interesados en el movimiento nacional contra el jesuitismo son los proletarios?

Si estos tuvieran conciencia despierta y supieran táctica y estrategia sublimes ¡qué alegría la suya viendo a los literatos, a los estudiantes, a los parlamentarios de la clase burguesa echarse a las calles para combatir al jesuitismo!

Vosotros obreros andaluces que tenéis tan bello y luminoso espíritu, ¡a continuar señalando con el dedo a ese, al más feroz enemigo de la causa proletaria.

El relator de El Balaute de Sevilla, Don Antonio Soto, ha ingresado en la cárcel por supuesto delito de imprenta.

Y el jesuita que robó a la señorita Ubao de una casa, de donde no debió salir, según sentencia del Supremo, está libre. Para el escritor que habla, la cárcel; para el jesuita que ejecuta, la libertad.

Eso no puede ser, la conciencia pública lo rechaza.

Póngasen libertad sin tardanza al Sr. Soto. Y, entre tanto, reciban aquel noble colega y la redacción de El Balaute, nuestra condolencia por la injusticia que sufren.

Con el título de Preludios de la Lucha ha publicado en Barcelona un bello libro F. Pi y Aruaga, digno hijo del ilustre Pi y Margall.

El libro, editado con el gusto peculiar a la tipografía barcelonesa, se vende a 1,50 pesetas en casa del autor, Ramba del Centro, 26, segundo, 1.º, Barcelona.

En un día próximo reproduciremos alguno de los trabajos que ilustran el libro del distinguido propagandista republicano.

Se había cometido una iniquidad con doña Soledad Areales honor del magisterio andaluz, por su talento y por su conducta como profesora y como mujer, suspendiéndola en el ejercicio de su cargo y dejándola a medio sueldo. ¿Motivo? No más que tener talento y escribir admirablemente en prosa y verso contra el fariseísmo dominante.

Pues bien; ahora, el rector de la Universidad de Sevilla ha resuelto el expediente que se había formado a la docta profesora, trasladándola de la que ocupa a otra escuela.

La interesada ha interpuesto recurso contra ese fallo.

Al trazar estas líneas, tenemos a la vista copia de la resolución del rector de Sevilla, sobre la cual hemos de hablar con la extensión que merecen el asunto y la persona objeto de tan infame persecución.

Por hoy, al observar en los resultandos que se han hecho cargos a la Sra. Areales, entre otras cosas, de haber escrito en Las Dominicales, nos limitamos a decir que el rector que ha consignado ese resultando, con el cual ha violado todo el orden legal establecido en nuestra patria, lo primero que ha evidenciado es ser un perfecto imbécil que merece ser barrido por los honrados badeles de la Universidad sevillana, del cargo que indignamente ocupa.

Enviamos el homenaje de nuestra gratitud a todos los colegas que se han servido anunciar la reaparición de nuestro periódico entre palabras de estimación y de afecto. Están seguros de la reciprocidad de nuestros sentimientos de afectuosidad y compañerismo.

Leemos: «Las propiedades de los frailes de Filipinas.— Algunos periódicos norteamericanos se hacen cargo del rumor que da como probable que aquel gobierno adquiriera las propiedades de los frailes españoles que radican en el archipiélago filipino.»

¡Ah! sin duda, esos venderán a los herejes hasta el corazón de Jesús, si se lo pagan bien. El oro es su Dios.

Pues como han sido barridos de Filipinas, cual puercos inmundos, serán barridos de todas partes.

Un viaje de Salmerón a Cádiz en las circunstancias actuales, dadas sus declaraciones terminantes y la historia de aquella tierra, cosa era para excitar todo género de inducciones, temores y esperanzas.

Eco de esta pregunta general que se hacía España, fué la que hizo a Salmerón el redactor de un periódico liberal, a su paso por Sevilla, sobre si aquel viaje al foco inicial de las revoluciones españolas, podría tener una influencia decisiva en sucesos inmediatos.

—Todo puede ser—respondió Salmerón.

—Todo ha debido ser—dice el país.

Los peregrinos que han viajado a Roma el año último han dejado en las Cajas del Papa sesenta millones de francos.

¡Y nadie le dió un cuarto a Jesucristo! Ciertamente que él no lo pidió y, antes bien, prohibió terminantemente a sus apóstoles que tuvieran dinero.

El escándalo que viene dando Roma tantos siglos, no será eterno.

Ya le han quitado al Papa la corona.

Ya le quitarán la Caja.

Y el Cristo estrechará la mano a los garibaldinos que lo hagan, diciéndoles:—¡Amigos míos!

Con mucho gusto, hemos recibido la visita de El Popular, de la Habana, periódico que viene a representar el partido de su nombre y los intereses del proletariado, defendiendo la plena independencia de Cuba frente a los Estados-Unidos y la solidaridad obrera.

¡Adelante, que eso es lo que pide la Justicia.

A los funerales de la reina Victoria hechos en la capilla protestante de Madrid ha asistido el Ministerio español.

Nuestro estado católico rinden así parias a la herejía; Dios que ese estado representa se prosterna ante Satan.

He ahí la doctrina puramente católica. Al

hereje hay que negarle la sal y el agua. No basta; hay que matarle, arrastrándole a una hoguera.

Esto lo harían con Lacont en Pamplona, y ya que no lo pueden hacer lo niegan todo hasta el ejercicio doméstico.

Pero los ministros a quienes las autoridades de Pamplona que lo niegan todo a Luzbel por sospecho de herejía, van a doblar el espirazo ante la memoria de la hereje reina de Inglaterra en una capilla protestante.

¿Cómo ante semejante espectáculo pueden las personas de razón tomar en serio el catolicismo?

Un detalle; a los dos ministros más reaccionarios, al beato Azcárraga y al neo marqués de Vadillo, les pareció demasiado asistir a ese acto, y se excusaron.

¿Su conciencia católica no les permitía penetrar en un antro de herejía?

Pero no dimitieron; siguieron tomando parte del Gobierno que estuvo allí representado para la casi totalidad de los ministros.

¿Dimitir? ¿De qué, de cobrar?

Eso eso era demasiado. Buenos discípulos de los jesuitas han sabido conciliar sus conciencias con sus bolsillos.

Ahi tenéis lo que son en el fondo los que más alardean de religión.

Con el nombre de El Progreso ha comenzado a publicarse en Chilivcoy (República Argentina) un semanario dirigido por D. Francisco Gicca.

Este periódico, anticlerical decidido, sigue las ideas y la historia del Progreso que fundó el heroico y decidido Ramón Vereas en Nueva York.

Como se ve, por todas partes donde se habla nuestra lengua brota la semilla librepensadora.

No hay que decir los votos sinceros que hacemos por la prosperidad del nuevo colega.

Ya habéis visto lo que acaba de pasar en Oporto. Un grupo de beatos en que formaban parte damas aristocráticas, redactores de periódicos religiosos y otros vagos de diversos cataduras, han querido secuestrar a una joven que va todas las semanas a confesar.

Todo eso no es sino el producto del mucho vicio que hay en esta sociedad. Estuvieran trabajando de sol a sol todos los actores de ese drama y no tendrían humor de meterse en tales conjuras contra el sosiego de los hogares.

No tengáis miedo, que el trabajador que pasa el día pegado a la herramienta, ni la obrera que está doce horas trabajando en el taller se ocupen de esas caballerías andantes a lo divino.

Por eso, semejantes males no tendrán remedio definitivo mientras dure el presente estado social en que se ve a multitud de gentes, como los clérigos, los beatos y beatas, no tener más oficio que murmurar y ocuparse del prójimo.

En otro estado social, en que el pueblo trabajador fuera sobre ano y ejerciera la justicia con rapidez y baratura, esos como el de Oporto, se resolverían enseguida, dando a los autores espuelas para que pasaran todo el día llevando tierra de un lugar a otro, después de dejarles sin un real para que vivieran sólo y únicamente del producto de su trabajo.

El sudor que bañaría sus cuerpos sería sin duda el solo Jordán, capaz de sanarlos del mucho vicio que llevan metido en la sangre.

El valiente demócrata barcelonés Sr. Bula ha sido preso por expresar con fuegos protestas contra el clericalismo dominante.

Es un mérito más que contrae el Sr. Bula, al cual enviamos la expresión de nuestra condolencia por el atropello de que se ve objeto.

La agrupación Germinal, de Almería, dirigido recientemente un Mensaje a los Diputados que en la última legislatura hicieron brava campaña contra el clericalismo.

Al final del Mensaje decían: «Con vuestros talentos y con vuestra fé con vuestras energías y vuestra sangre, dispuestos a verterla cuando llegue la ocasión, venceremos una vez más a las huestes del fanatismo disfrazado que ha envilecido a la sociedad española.»

No permitáis a los neos que, sin trabajo ninguno, aprovechándose de la buena fe de los liberales, destruya lo único que queda de la Revolución de Septiembre:

LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

consagrada en todos los Códigos de los pueblos libres y cultos, desde que la gloriosa Revolución francesa alumbró al mundo con destellos de libertad y acabó con los verdugos coronados, destruyendo la Bastilla, símbolo de la tiranía.

¡Diputados republicanos y de demócratas Salud!

La Agrupación Germinal, de Almería.»

Es muy consolador registrar estos nobilísimos actos de la juventud en defensa de las ideas.

Que los jóvenes de todas partes se inspiren en los sentimientos de los germinalistas de Almería, y la libertad se habrá afirmado por siempre.

Su noble arrojo por la defensa de los fueros populares, ha llevado de nuevo a la cárcel a Alejandro Lerroux. Por fortuna, su detención ha sido breve y podrá volver a cumplir, con sus bríos acostumbrados, el deber que se ha impuesto de defender la causa popular.

EL CASO UBAO

La señorita Ubao, rica, hermosa, es catequizada por un jesuita en el confesionario y huye del hogar materno refugiándose con sus raptora en el Convento de las Esclavas.

Su madre viuda y enferma, sus hermanos, jóvenes y animosos, sufren dolores indecibles, y el hogar que la joven Ubao alegraba con su presencia, se convierte en mansión de angustias y desesperación.

Los raptora agravan del delito la insolencia, tratando con el mayor desprecio a los hermanos de la raptada.

La familia Ubao acude a los Tribunales, y éstos, a pesar de la elo uencia de Salmerón que la defiende, fallan en favor de los raptora, valiéndose de distingos jesuiticos para justificar su sumisión al jesuitismo.

Tiene que ir el pueblo tumultuariamente al lado de Salmerón para que el espíritu nacional despierte y las casas directoras se atrevan a ponerse frente al jesuitismo; Sólo entonces el Tribunal Supremo casa la sentencia del inferior mandando restituir al hogar materno a la joven secuestrada.

Sometida con la amenaza de la fuerza brutal la sublevación de los ánimos, vuelve el jesuitismo a levantar la cabeza, anunciando que no dejará que salga la joven del convento y que apurará todos los recursos de la ley, que son aquí infinitos, para burlar el fallo del Tribunal y ganar tiempo hasta que la joven cumpla la mayor edad, en cuyo caso la ley la autoriza a profesar.

El reto a la opinión pública llega a punto de celebrarse una junta de abogados, bajo la presidencia del jesuita Maura, para acordar el procesamiento de la Sra. Ubao acusándola de malos trato a su hija.

El efecto que estos nuevos ultrajes, al ser conocidos, produjeron en la opinión, fué indecible, y el Gobierno, temblando, de miedo mandó cumplir inmediatamente y por sorpresa el fallo del Supremo, haciendo que el juez fuera al convento y sacase de él a la joven, restituyéndola a su hogar.

Estos son sumariamente los hechos. Ha sido preciso una casi Revolución para conseguir que cese el secuestro hecho por el jesuitismo, de una hija de familia, bien que, quedando sin castigo los secuestradores.

¿Vamos a vivir siempre así? ¿Va a ser preciso que la sangre de los españoles tiña las calles, y la fuerza pública acometa con furia a los transeúntes indefensos para sacar de manos de los secuestradores místicos a las hijas de familia que llevan los bolsillos llenos de oro?

Esta es la cuestión que queda toda ella en pie.

PROTESTA SOCIALISTA

El Comité general del partido socialista francés ha publicado una protesta contra los horrores que los ejércitos europeos están cometiendo en China.

Dicha protesta comienza así: «Desde hace seis meses, los soldados de las grandes potencias arrasan el Extremo Oriente, roban, violan y asesinan...»

¡La humanidad despierta!

Honra al proletariado francés que con su protesta, atestigüe que va adquiriendo conciencia de lo que exige a los hombres de progreso la grande obra de la solidaridad humana.

Torpezas socialistas.

Sentemos como principio que el partido socialista francés viene, de algunos años acá dando inequívocas pruebas de gran sentido político. Realmente la República le debe su existencia.

Sin contar con la conlura de los socialistas, el ministerio Waldeck no hubiera osado presentar la batalla al clericalismo con su proyecto sobre las asociaciones.

Sobre esa sensatez ha echado un punto negro Mr. Groussier, que bajo el pretexto de defender las asociaciones obreras, ha presentado una enmienda tan radical, según él, tan radical... que la han votado todos los reaccionarios desde el fautoche Ribot hasta el tétrico conde de Mun.

Claro es, la falta de apoyo de la minoría socialista ha producido el desequilibrio de las fuerzas parlamentarias proporcionando un triunfo a la derecha.

Con ese motivo, toda la ralea clerical celebró ruidosamente su triunfo en la Cámara pidiendo la caída del ministerio.

Pues en vez de avergonzarse de haber proporcionado ese triunfo al clericalismo, todavía ha habido allí socialistas que, haciendo caso a los clericales, han pedido la caída del ministerio.

¿Se puede dar torpeza mayor?

No hay otro dilema en el estado actual de la política francesa. O el ministerio radical actual, ó un ministerio clerical. Claro es que, de subir al poder un ministerio clerical, caía por el suelo la ley de asociaciones apoyada por el partido socialista y que promete pingües recursos a las cajas de retiro obreras. El socialismo francés en vez de estar arriba como hoy, estaría debajo. He aquí lo que piden esos socialistas inconscientes; la ruina de la causa popular, el entronizamiento del jesuitismo, el capitalismo hecho amo con el apoyo de Melin, de Ribot, de los nacionalistas y del conde de Mun...

¿Se ve bien la torpeza?

No hay por eso peligro mayor en política que la indiscreción y el exceso de celo. Los amigos de lo mejor, acaban con lo bueno.

Condennando tan insigne ceguedad, escribe Jean Jaurés:

«Quizá los republicanos y librepensadores»

dores españoles que enlazan el movimiento anticlerical de España, al despertar republicano de Francia, tienen menos importancia que el ciudadano Dubreilh (socialista que pide la caída de Waldeck) de ver a la República francesa caer decididamente bajo el yugo de los frailes.

¿Quién lo duda? Aquí que conocemos bien el vilipendio en que vive el pueblo bajo gobiernos como esos a quienes acaban de dar mayoría los socialistas de la Cámara francesa, nos indignamos de ver que haya quien, a nombre de la libertad, ofrezca dificultades al gobierno de Waldeck y le pida que se vaya cuando está haciendo el más grande servicio no solo a Francia, sino a todos los países latinos.

El solo disgusto que el ciudadano Groussier ha ocasionado a Waldeck, con su triste victoria, es para los libre pensadores españoles un motivo de profunda indignación. Con esas torpezas y esa inconsciencia, la libertad se pierde.

Vuelva, pues, aquel simpático y querido partido socialista francés a la razón y que no se le vea más por pura tontería, ser el instrumento del clericalismo.

EL DOCTOR PAZ

Es el doctor Paz el fundador y director del célebre periódico *La Prensa* de Buenos Aires, periódico que poco ha inauguraba el palacio más hermoso que cuenta publicación alguna en el mundo.

Relatando Pompeyo Gener una conversación que mantuvo el año último con el doctor Paz en París dice:

«Ya a poner una sucursal en París de su «Palacio de la prensa de Buenos Aires. Dicha sucursal será el núcleo que una las razas latinas de América con las de Europa.

Quiero que sea centro el que se exponga todo lo bueno de Ultramar y en que se reciba todo lo superior de Europa para sea allí enviado. Quiero hacer lo que Gordon Benet ha hecho con el *New York Herald*, pero lo quiero hacer mucho mejor, en un sentido no comercial y lucrativo individualmente, sino altamente humano, altamente latino, es decir, intelectual, artístico y filantrópico.—Nos decía.

«En lugar de la hoja comercial y de información que publicó en París el *New York Herald* para la colonia angloamericana yo quiero hacer una publicación literaria, artística, científica, filosófica, en que hallen apoyo todas las tendencias nobles, todas las ideas altas, todos los grandes inventos, todo lo que tienda a elevar, extender y ennoblecer la vida, y quiero que sea la primera publicación de todas cuantas se escriben en lengua española, siempre abierta, lo mismo a los españoles peninsulares que a los americanos, para todo cuanto tienda a enaltecer al hombre. Quiero que sea, en una palabra, la publicación más liberal, y a la vez más profunda, más justa y más espléndida de todas cuantas se publiquen en ambos emisferios.

«Ya es que voy a perder en ella mucho dinero—repuso—pero no me importa. No lo hago como lucro, sino para elevar el concepto de nuestra raza y beneficiar a la humana especie. Yo ya tengo hecha mi posición. Esta se la debo al progreso. El Palacio de la Prensa de Buenos Aires y sus instituciones me cuestan más de doce millones de francos, y con dos o trescientos mil, habría podido obtener local e instalación para publicar el periódico, dándome a mí los mismos réditos que al presente. Pero yo he querido dignificar la prensa y demostrar como puede hacerse bien todo el que haya tenido la suerte de adquirir fortuna.

«Lo están viendo? ¿Vais como no necesitamos enseñanzas de los sajones para ser grandes?

«Abra los ojos Pompeyo Gener que tiene tan hermoso talento y arrojo de su espíritu los romancistas y trañados catalanistas. Ese fondo de donde saca el doctor Paz tales grandes es nuestro, es de la patria grande, de la que he hecho la península entera y que tiene por lengua, no el idioma carlista de Morgades, sino la espléndida lengua de Cervantes en que se escribió *La Frenesí*».

«En esta España actualmente un pueblo de niños, de desequilibrados, de dementes; tiene en la mano los tesoros de que no ha dispuesto jamás y se quaja y reniega de su suerte y dice que para ella no hay salvación.

«Ahí lo tenía: mientras todas esas cosas se dicen y escriben, un hombre solo va a fundar en París una institución abierta a los españoles peninsulares, como no la han tenido jamás los reyes de los tiempos pasados, institución superior en su género a la que se ha fundado los Estados Unidos. ¿Y quien es ese hombre? un hijo de un asturiano. Contad ahora la suma de hijos de España de análoga calidad a la del doctor Paz que hay sembrados por América y formos ideas de las fuerzas que tenemos por allí desperdiciadas.

Jamás, jamás contó España con los elementos que hoy cuenta. ¿Qué hace falta? Que haya aquí un poder que se consagre a aprovecharlos, llevando, lo primero para ello, a la conciencia de los españoles, la idea clara de lo que son y representan en el mundo.

«Por lo demás, a nosotros no nos causan sorpresa, como tampoco la causarán a nuestros lectores, esas grandezas realizadas por el señor Paz. Ya hemos repetido hasta la saciedad que eso, y mucho más realizará el genio ibero sin que se necesite para ello otra cosa, sino que surjan almas privilegiadas como la del Sr. Paz que sepan convertir en verbo el poder que han recibido de la poderosa raza a que pertenecen.

«El alma española se yerga, pues, estirada a la vista de personalidades del relieve que ha sabido sacar de sí mismo el Sr. Paz. Lo mismo, exactamente lo mismo da que este hubiera nacido en Madrid, en Lisboa o Barcelona, tan nuestro es de una manera como de otra, porque al fin no es sino un hijo de aquel genio ibero que sintiendo el trote del suelo de Europa, se fué allá a buscar más amplios horizontes en el dilatado continente americano. No fué la tierra americana quien dió su historia a España, fué el genio ibero el que dió su historia a la tierra americana.

Mujeres y mujeres

Mientras las mujeres españolas se meten en los conventos huyendo de los peligros y del mundo, las mujeres americanas del Estado de Kansas salen de sus casas armadas de garrotes para mover a espanto a los malvados que dominan el mundo. Según los últimos telegramas, las mujeres del Estado de Kansas engran multitud han penetrado en las tabernas, en los cafés, en todos los establecimientos donde se venden bebidas espirituosas, y han

atacado toneles, botellas, todo lo que contenía bebidas alcohólicas y haciendo sacos en ello y derramando a tormentas el absintho, el vermouth y toda clase de bebidas alcohólicas.

«No apercebié bien la diferencia entre mujeres y mujeres? El alcohol es un veneno que lleva la enfermedad, la locura y la muerte al seno de las familias. Las madres, las esposas, las hermanas que ven el estrago que en los varones de sus familias hace el alcohol, que advierten con ello la degradación y la degeneración social que esas bebidas producen, se achacan a las calles a protestar gritando: «Guerra al alcohol!»

«Esto es, esas mujeres que advierten que existe en su país un grave mal social se arrojan valientemente a combatirlo. Ellas dicen: «El mundo es vicioso, pues marchemos a combatir el vicio del mundo.

«La señorita Ubaó y sus catástrofistas dicen lo contrario; ellos dicen: «El mundo es malo, pues huyamos del mundo.

«¿Cobardes? ¿Qué fin se llevan las mujeres americanas? Mejorar sus hijos, sus padres, sus hermanos; mejorar la sociedad. Para ello hacen el sacrificio de su reposo, de su libertad y de su vida; porque muchas de esas mujeres están ya en las enfermerías, en las cárceles y en el cementerio, pues es claro que a sus garrotazos y a sus violencias no se ha contestado poniendo los carrillos para recibir bofetadas, como aconseja el místico esposo de las Ubaós.

«¿Qué fin tienen las históricas que se meten aquí en los conventos? Salvar sus almas para gozar de la gloria eterna.

«Esto es, allí en los Estados Unidos las mujeres, a quienes dan asco los conventos, luchan por hacer feliz a la sociedad; aquí las mujeres que se meten en los conventos dicen: «Pádrete, sociedad, que yo voy a cuidarme solo de salvarme a mí misma.

Allí, el altruismo más hermoso; aquí el egoísmo más asqueroso.

«Es claro, cuando dos pueblos de educación tan diferente han luchado, el pueblo de las beatas, de las monjas, de los egoístas que hacen guerra a la sociedad en vez de ayudarla, ha sido mirablemente vencido.

«Y quien es el que hace a esas mujeres históricas, egoístas, que deben morir porque no ganan el pan que comen, que deben morir porque la casa que habitan, debida al trabajo del albañil, el traje que visten debido al tejedor, el ser que tienen debido a los cuidados de sus madres, de sus hermanos, de sus familias, todo pertenece al mundo a quien declaran la guerra, quien hace a esas mujeres? El jesuita!

«He ahí, en el fondo, el causante de la derrota y la ruina de España. Una nación debilitada, aquejada, a cuya sociedad tiene declarada guerra abierta el jesuita, hasta robar las hijas a sus madres, no puede luchar, es imposible que luche, con una donde hasta las mujeres, enarbolando el palo, salen por las calles a combatir por el perfeccionamiento, por la salud, por la felicidad de la masa social. ¡Maldito sea el jesuita!

MIXTIFICADORES

Recientemente ha muerto en París Lissagaray, un gran amigo de la emancipación popular, eminente historiador de la Commune de París.

A su entierro civil ha acudido todo el París socialista y libre pensador.

Acontecimiento de ese género, no podía menos de traer consigo alguna mixtificación clerical. Cierta clase de clérigo había dirigido una carta a Mr. Cassagnac, pariente de Lissagaray, diciéndole que éste se había arrepentido antes de morir y había recibido los Sacramentos; sólo que el mismo clérigo, de acuerdo con Gerault-Richard, director de *La Petite République*, había consentido en que se hiciera el entierro civil.

La carta del clérigo se tomó como artículo de la prensa reaccionaria, y *El Intransigente*, de Rochefort, no fué de los últimos en concederle entero crédito.

Esta vez, los calumniadores de la memoria de un hombre honrado han encontrado la horma de su zapato en Gerault-Richard, el cual ha pedido estrecha cuenta a Cassagnac de su acto, asegurándole que le probará que ha sido digno hombre de mala fe.

Desde luego, logró averiguar que el clérigo que Cassagnac había dado a conocer con sólo la inicial de su apellido, se llamaba Campana, pero, por más que la prensa de París ha hecho por encontrarle para someterle a *interrogatorio*, no lo ha conseguido.

Entretanto, una señora que ha estado a la cabecera del enfermo durante su enfermedad ha declarado, entre otras cosas, lo siguiente: «—Todo lo que se dice es absolutamente falso. Yo no he abandonado un momento la cabecera del enfermo durante los últimos nueve días de su enfermedad, y puedo afirmar que ningún cura ha entrado en aquella casa.»

Finalmente, Cassagnac ha tenido que confesar que ha sido engañado.

«Pero mientras, la calumnia del clérigo Campana ha recorrido toda la prensa reaccionaria de Francia, y las beatas de millares de pueblos seguirán sosteniendo que Lissagaray ha claudicado a última hora por temor al infierno.

Y así, con el pasto de la mentira, y a costa de la deshonra de la humanidad, se alimenta la grey devota.

EL CASO CALMON

Otro caso del mismo género que el de la familia Ubaó española, acaba de darse en Portugal.

La ciudad de Oporto, aquella ciudad eminentemente liberal, ha sido testigo de él.

Ya se había denunciado ha mucho tiempo que D. José Calmon, noble conde del Brasil en Oporto, tenía su casa convertida en un valle de lágrimas porque su hija Rosa, en que adoraba, había llevado a su hogar, antes tranquilo, el veneno del aliento jesuítico, recibido por la rejilla del confesonario. Una reata de beatas y beatas, dirigidos por el jesuitismo, trataba de secuestrar a la señorita Rosa Calmon. Bien que no la hubiese denunciado la prensa radical, la prensa de orden se había negado a aceptar semejantes versiones, juzgándolas hijas de espíritus apasionados, enemigos de la santa religión. ¿Cómo podrían hombres de hábitos intectar el robo de una hija a sus padres?

En esta situación las cosas, desarrollóse el 17 de Febrero, en pleno día, en plena calle, la escena siguiente:

A las diez, a la salida de misa, llegaron a la puerta de la iglesia de la Trinidad dos coches. En uno iban dos señoras bien envueltas en sus mantos. En el otro, otra señora que mandó al cochero acercarse todo lo posible a las gradas del templo y que no se dejase quitar el puesto. Las tres se apearon de los carruajes y entraron en la iglesia.

Salían de misa los fieles, y entre ellos la esposa del conde del Brasil, su hija Rosa y su nuera, cuando se abalanzó a ellas un grupo de seis u ocho personas, entre las que figuraban las tres señoras. La que había venido sola se acercó a la señorita Calmon y la dijo bruscamente:

«¿Vamos? —¿Vamos allá! contestó ella nerviosa y excitada.

El grupo procuró envolver y llevarse a la joven, pero su madre se abrazó a ella y la sujetó desesperadamente. En esta lucha vencían ya los raptores, cuando llegó el conde del Brasil, que estaba en el corredor de la sacristía, y viendo que se trataba de un secuestro, tocó el pito que en Portugal se usa mucho para pedir socorro a la autoridad, y después pidió auxilio a grandes voces.

«¡Socorro contra los ladrones que quieren robarme mi hija! ¡Socorro al conde del Brasil!

Entretanto el grupo de clericales que ayudaba al rapto, entre el cual se encontraba un redactor de *A Palavra*, periódico religioso de Oporto, lanzaba terribles denuestos contra el padre tirano y el padre infame que maltrataba a su hija.

La hija seguía luchando para desasirse de su madre. Un guardia de orden público, encargado de la vigilancia de la familia, y un redactor del *Diario de la Tarde*, que acertó a pasar por delante de la iglesia, acudieron al oír los gritos.

Y como el guardia se quedara aturdido, sin saber qué hacer, los raptores se envalentonaron y gritaron también:

«¡Prende a ese hombre que nos insulta, que nos llama ladrones!

Las señoras apelaban a los sentimientos religiosos de las mujeres que salían del templo, e insultaban al conde del Brasil, llamándole tirano e infame, que maltrataba a una pobre mártir.

La mediación del redactor del *Diario de la Tarde*, que conocía a la familia del Sr. Calmon, fué preciosa para ésta, porque el público no comprendía lo que pasaba y se daba a creer, ante caso tan extraordinario que todos estaban locos. El mismo guardia no sabía qué partido tomar, hasta que las palabras del redactor del *Diario de la Tarde* lo aclararon todo y lo decidieron con la mayoría del público en favor de los afligidos padres.

El Sr. Calmon rogó al redactor del *Diario* que diese el brazo a su hija; pero como esta se resistiera diciendo que no estaba loca y que se quería ir con Dios, el redactor la contestó:

«No, señorita, usted no puede irse con Dios en compañía de estos hombres que insultan a su padre.

Entonces se dejó conducir al mismo coche preparado para el rapto. Un guardia subió al pescante. Los raptores, después de alborotar y resistirse, cuando vieron la causa perdida, se escabulleron entre los curiosos.

«Ante la Trinidad se formaron dos grupos, uno muy poco numeroso, que acogió a los raptores, y otro muy compacto, que se puso de parte del conde del Brasil, y que persiguió a aquellos con voces amenazadoras, protestas empujones, y según dicen el *Jornal de Notícias* y el *Diario*, con algunas pedradas.

Como el coche que llevó a su casa a la señorita Calmon estaba tomado por la dama, ésta no quiso abandonar su derecho y le siguió, protestando. El conde, con exquisita cortesía, la dijo que vivía cerca, y que en cuanto dejase a su hija en casa volvería el coche a recogerla. Así se hizo, y el cochero declaró después que con la primera feligresía, que se llama doña María Victoria de Almeida Garret, estaban las otras dos señoras, una de ellas miss Mackeurie, institutriz de las hijas de un señor Guimarães Pestana, en cuya casa hubiera sido depositada la señorita Calmon, de no fracasar el rapto.

Según dicen los hermanos de la señorita Calmon, el secuestro estaba combinado en el confesonario. Su hermana llegó muy serena a casa, como si nada hubiese ocurrido. La madre la acompañó en cuantas prácticas religiosas quiere hacer, sin oponerse a ninguna, y a pesar de ello la joven se lamenta de que no tiene libertad.

Una religión que convierte los hombres en locos furiosos arrastrándoles a cometer delitos como el de secuestro; una religión que hace a las hijas enemigas de sus padres; una religión que introduce la guerra en los hogares excitando a las hijas, que deben de ser modelo de docilidad, no ya solo a la desobediencia, sino a la rebeldía, una religión tal, qué ventajas puede reportar a la sociedad? Combatirla es hacer el mayor bien a los mortales.

Gran manifestación anticlerical EN BUENOS AIRES

Un tralle desnaturalizado como todos los de su clase, maltratado bárbaramente a un asilado de la Cárcel Correccional de Menores de Buenos Aires, y los buenos hijos de la humanidad en aquella populosa ciudad organizaron un acto de protesta, del cual *El Progreso de la Boca*, brillante órgano de aquella democracia avanzada habla en estos términos:

«A pesar de la lluvia torrencial que cayó, más de seis mil personas asistieron al gran meeting de protesta contra las torturas de la

Cárcel Correccional de Menores, realizado el domingo.

La inmensa columna popular, encabezada por las hermosas banderas del Club «Giordano Bruno» y de la «Asociación Anticlerical» y por una banda, se movió de la plaza Lorea y por la Avenida de Mayo, Buen Orden, Artes, Juncal y Avenida de la República llegó a las cinco a la plaza de la Recoleta, donde hicieron uso de la palabra los oradores designados, es decir los Dres. Palacios, Repetto, y los Sres. Patroni y Montesano, este último estudiante en medicina, en reemplazo del Dr. Gori ausente de Buenos Aires. La lluvia caía a cántaros y sin embargo nadie se movió, todos quedaron en sus puestos hasta la terminación del meeting, que se realizó sin el más pequeño incidente.

Fué una solemne, imponente manifestación de principios anti-clericales y democráticos, y, más que todo, una grandiosa reivindicación del derecho de reunión consagrado por la Constitución Nacional. Los partidos populares se han impuesto, esta vez, al arbitrio, y obligaron al clericalísimo ministro del interior a respetar la ley fundamental del estado.»

Así conquistaron las ciudades la palma del honor en el mundo moderno. Por ese camino se ha hecho París la primera ciudad del mundo.

Ese ministro del interior de Buenos Aires, al proteger a los clericales, deshonra a la República argentina, tanto como los autores de la protesta la honran.

Parece que el Gobierno argentino quiere entregar el *Correccional de Menores* a una asociación religiosa. ¡Vamos sigue el camino de la monarquía española cuya reacción es la vergüenza del mundo!

Al general Reca se le ofrece una excelente ocasión, si persiste en su propósito; puede llevarse de director de la Frisión al padre Montaña rojado del palacio de los reyes de España. ¡Todavía aquella República presidida por un masón tiene en cuestión la secularización de la vida!

Librepensamiento en acción

ASI SON LOS HOMBRES

Tomamos de *La Bandera Regional*:

VALIENTES

Entre el humo asfixiante y malsano de los cirios de la Catedral de Coria, en medio de la atmósfera pestilente de teocrática reacción que allí se respira, y rodeado de peligros sin cuento, que por lo intangibles no es posible afrontar, ni se pueden evadir, se ha formado, por modo singular, uno de los pocos caracteres que ya existen en España, aun en las ciudades más libres e independientes por su industria y por la escasa presión que en ellos pueden ejercer, por falta de medios, los elementos clericales.

Adolfo Clemente Mariana, hijo de D. Amancio Clemente, rico vecino de Coria, cuyo capital le ha permitido dar carrera de Médico a otro de sus hijos, profesaba, con disgusto de su familia, ideas francamente librepensadoras.

Los ruegos de sus padres y demás parientes, los argumentos empleados por el clero de la ciudad y los consejos de sus amigos, fueron inútiles para quebrantar la firmeza de convicciones de Adolfo Clemente, que decía siempre que deseaba complacerles a todos, pero que el hombre no tiene dominio sobre su inteligencia y que solo es libre la voluntad; que podía callar su pensamiento, siendo traidor a sus convicciones, pero que esto no cuadraba a su honradez, porque todos debemos defender nuestras ideas, como defendemos nuestro honor, como defendemos nuestra vida; que podría mentir ostentando ideas contrarias a las que profesaba, pero que esto es indigno de personas decentes, de caballeros sin tacha, como él deseaba ser, y que no tiene vergüenza quien se tapa la cara, como un ladrón, con una máscara de hipocresía, pero que no podría, aunque quisiera, convencerse a sí mismo, porque la fe es como la virginidad: quien la pierde no la recobra; que lo había intentado en balde, por complacer a los suyos y por los perjuicios que sus ideas le acarrearían y que antes que mentir como un infame estaba dispuesto a sufrir honradamente la pobreza y toda clase de persecuciones, pues el que traiciona su conciencia, traicionará a la sociedad, a los amigos, a los parientes, a su mismo padre, y nadie podrá fiarse de su palabra.

Así ha llegado Clemente a los treinta años de su vida, sin perder una hora de trabajo, sin malgastar una peseta, sin apropiarse un céntimo de lo que ganaba, como en derecho podía hacerlo desde que llegó a la edad de la emancipación, sin que una sola mancha viniera a empañar su limpia fama, y, sin embargo, se veía solo y abandonado hasta de los suyos, por sus ideas; hasta las mujeres huían de su conversación, como se huye de un apestado. Se enamora, por fin, de una honrada hija del pueblo, que le corresponde; la dice con franqueza que ni la pasión que por ella siente le hará doblar el cuello ante un clérigo que le exija una retractación de ideas, que le sería imposible, como indispensable requisito para bendecir la unión de los dos seres, que Dios bendice gratis cuando por amor desean, como ellos, levantar un nuevo santuario a la familia.

Ella consiente; la familia se opone, los abandonan, ofrece mil obstáculos, pero por fin el día 9 de los corrientes, aunque era viernes, nuestros héroes contraen matrimonio civil sin acompañamiento de nadie, porque nadie quiere arrostrar las iras clericales a duras penas pudieron encontrar dos testigos que validaran el acto, y al día siguiente, para poder comer tuvo ella que ir a coger aceitunas por media peseta de jornal, y el hijo de don

Amancio Clemente, con la cabeza erguida y satisfecho de su proceder, a ganar el sustento con el sudor de su frente en cualquiera honrado trabajo que le saliera.

¡Llor eterno a estos firmísimos y honrados caracteres! ¡Cuánto sentimos: no conocer a tan simpática pareja! Rogamos a Adolfo Clemente, a quien ya tenemos por amigo, que si viene a Plasencia haga el favor de honrarnos dándonos a estrechar su noble mano.

Honores, posición, riquezas, todo lo ha pospuesto Adolfo Clemente a los fueros de su corazón y a los fueros de su conciencia.

He aquí un verdadero ser moral. Recabamos el honor de haber formado ese alma, pues que Adolfo Clemente ha sido corresponsal de LAS DOMINICALES, no por lucro, sino para propagarlas.

Nuestros votos más fervientes por la felicidad de ese santo matrimonio.

Ha fallecido en Santa Cruz de la Palma la niña Juana de los Angeles de Silva y Hernández.

Sus padres, firmes y honrados librepensadores, han hecho que el entierro se verifique civilmente.

¡Así se da ejemplo!

Dice *El Progreso*, de Barcelona: «Respectable, si no por lo numeroso, por la selección de los elementos que la componían, fué la manifestación realizada con motivo de la inscripción en el registro civil del niño Pelejo Catón Enclides, hijo de los entusiastas demócratas Magín Prunera y Francisca Benagosa, y apadrinado por D. Juan Pon y doña Angeles López de Ayala.

La fiesta terminó con un refrigerio, un concierto de guitarra (aplaudidísimo) y algunas frases de la presidencia de la «Progresiva».

De *El Ampurdanes*, de Figueras: «Más datos curiosos de los que arroja el Censo de población de esta ciudad en 31 de Diciembre último.

Todas las monjas que hay en los ocho conventos son forasteras, y algunas extranjeras. Solamente cuatro, del convento de la Providencia, son naturales de esta ciudad. Los Paules del asilo Vilallonga son también forasteras.

Las Escolapias, si no recordamos mal, son las más antiguas, y se dedican a la enseñanza. Una tercera parte de ellas no saben leer, a pesar de los muchos años que viven dedicadas a enseñar.

Las Gitanas, según creemos, son las más modernas. También se titulan Institución de Enseñanza. Pues bien, la mayoría de ellas no saben escribir, incluso ¡la Superior!

«No es hacer un bien a la sociedad barrer esa inmundicia?»

ADVERTENCIA

El número anterior contenía la sola hoja que dejó la criba de la censura militar. Se publicó por eso cuando se pudo y como se pudo; aunque ya advertíamos en el número anterior, que la publicación se retrasaría para poder regular la tirada, en vista de los nuevos pedidos de los corresponsales.

Hay algunos buenos amigos que nos advierten los perjuicios que para el periódico resultan de no aparecer en día fijo y con toda regularidad, llegando hasta hacernos por ello un cargo. Es como si el hijo que ve preso injustamente a su padre le dirigiese todavía cargos. En un país donde se están suspendiendo diariamente las garantías del ciudadano, pedir regularidad a la vida es pedir la luna. Sobre todo, tratándose de un periódico para el cual las garantías están siempre en suspenso. Ya nos podemos dar por contentos con que el periódico llegue a su destino, sea el día que fuere y en la forma que fuere.

El tesón con que durante tantos años hemos luchado para vencer todas esas resistencias que nos opone el medio, debe ser garantía a nuestros lectores de que, de nuestra parte, no se omite sacrificio alguno para regularizar el envío de la publicación. Ayudarnos a soportar carga tan pesada, en vez de censurarnos, es el deber de todo buen lector.

Tengan la satisfacción nuestros lectores de que el número último, aunque tardío ha sido cierto, expendiéndose en gran cantidad por lo *sustancioso* que iba, y por haberse vendido a cinco céntimos, circunstancia esta última que nos hace enviciar el no poder hacerlo siempre así, aún dando las cuatro páginas en vez de dos.

A los corresponsales

Rogamos a nuestros corresponsales se sirvan formular sus nuevos pedidos y remitirnoslos sin pérdida de tiempo.